

Monseñor Romero

La semana Santa de este año ha visto su significado hecho aún más transparente con el asesinato de este seguidor de Jesús que fue Monseñor Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador. En la tarde del 24 de marzo, el hombre que había puesto su vida al servicio de "esa paz que el mundo no puede dar", el paladín de los derechos de los pobres, fue muerto a tiros. Como a Jesús, lo asesinaron los que no pudieron soportar una palabra que anunciaba el mundo que Dios quiere, que denunciaba el mundo que Dios condena.

Una ola de dolor y de tristeza, desde la Iglesia de El Salvador, desde el corazón de los pobres de El Salvador, ha recorrido el mundo entero. Allí donde había alguien que sintiera "hambre y sed de justicia", la ola recibía un nuevo impulso y se agigantaba. SIC se une a esa tristeza y a ese dolor. Nuestra revista en más de una ocasión recogió la palabra clarificadora y valiente del Arzobispo asesinado, nuestras páginas lo presentaron siempre como luz, como ejemplo y como guía. En medio del dolor y la tristeza que compartimos, queremos seguir recogiendo la luz que emana su figura ahora silente y ensangrentada.

Monseñor Oscar Arnulfo Romero es ahora un Mártir. Uno más de los que a lo largo de 20 siglos, desde Jesús, han entregado su vida por vivir la fe hasta sus últimas consecuencias. Mártir porque supo ser el "Buen Pastor" que da su vida por las ovejas, que no las abandona cuando ve venir al lobo. Mártir porque fue asesinado por odio a la Fe que vivió y predicó, una Fe que lo llevó a ser, como Dios, parcial con los pobres, con los oprimidos, con los perseguidos.

Buen Pastor también porque continua e incansablemente alimentó a su pueblo con la Verdad. Una verdad que en la situación concreta que vivió no era fácil de descubrir, ni fácil de decir. Una verdad que era necesario siempre buscar para poder cumplir el deber pastoral de proclamarla. Las homilias dominicales de Monseñor Romero, el programa radial más escuchado en El Salvador en los últimos años, eran la predicación de la Verdad. Pero de la Verdad, así con mayúscula, porque eran un juicio, alabanza o denuncia, de las verdades, así con minúscula, que sucedían día a día en su país.

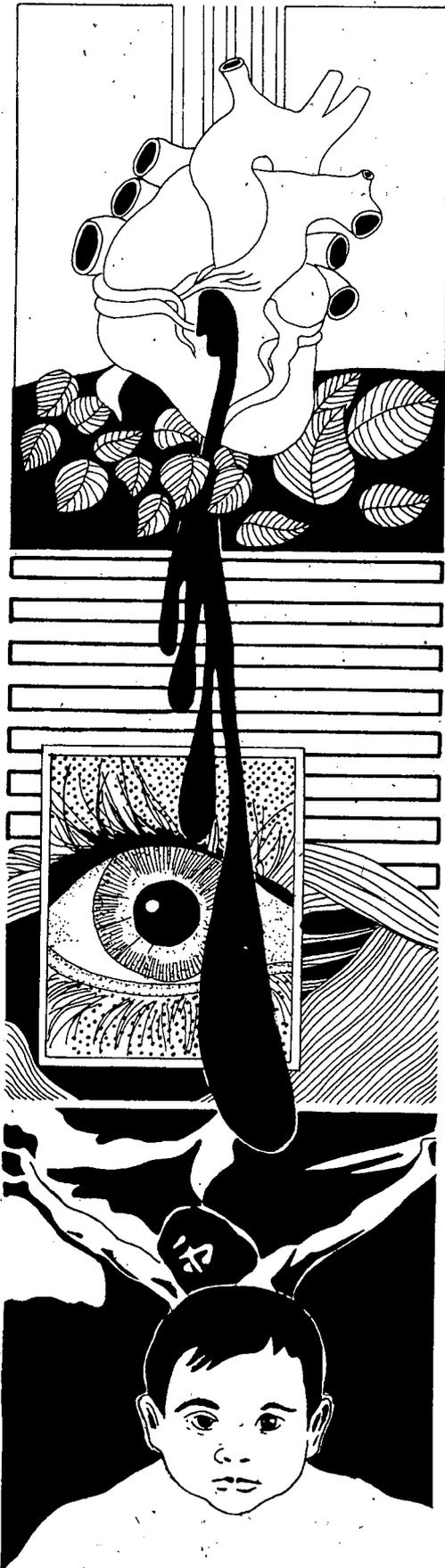
Si algo pudiera caracterizar la figura de Monseñor Romero, sería esa su búsqueda apasionada, continua, diligente de las verdades para poder predicar la Verdad. Quizás sea esa la lección más grande, la más necesaria que nos deja a todos, su vida, su quehacer y su muerte martirial.

El Arzobispo asesinado fue Maestro, y lo fue precisamente porque hizo de su vida un aprendizaje, un saber hacerse discípulo. Podía hablar cada domingo por la radio como Maestro, porque durante toda la semana se hacía discípulo. Podía escribir sus profundas cartas pastorales, porque sabía durante meses hacerse discípulo.

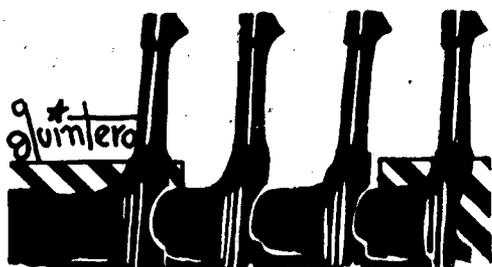
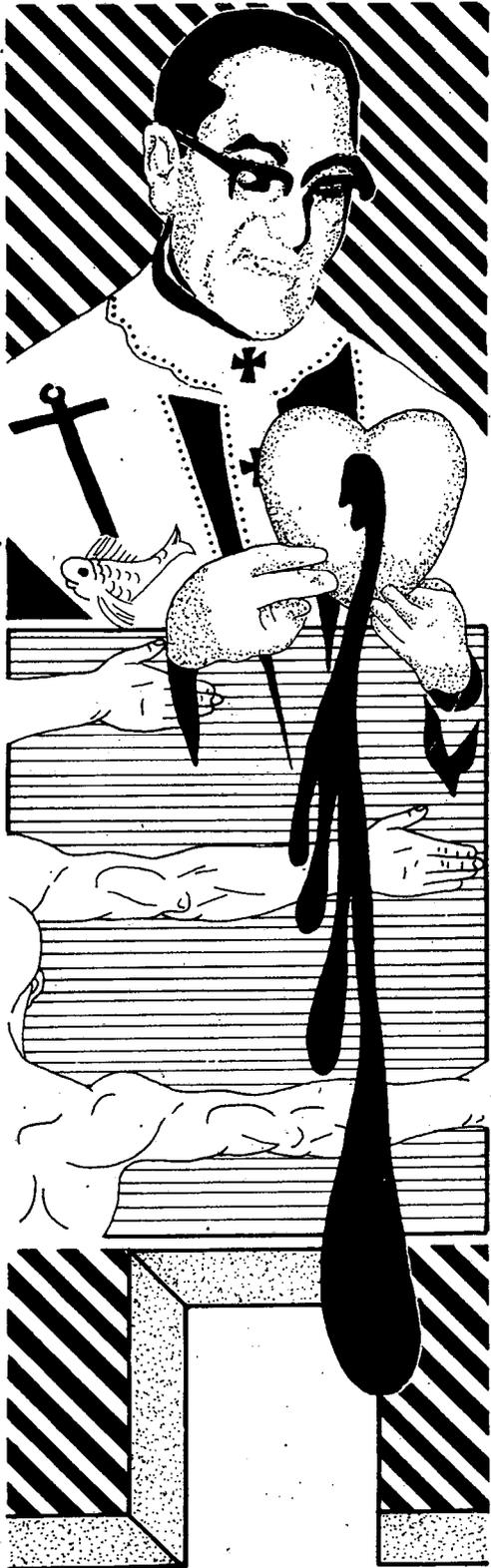
Por eso se ha podido decir "Monseñor Romero, el hombre que supo escuchar". Escuchaba incansablemente. El día de la conclusión de las Jornadas de Puebla, frente al cansancio de los trabajos de los días anteriores, Monseñor Romero buscaba un grupo de teólogos que le ayudaran al día siguiente mismo, a un primer estudio del Documento: "Ayúdenme, necesito encontrar aquí —les decía— todo lo que puede servir a mi pueblo de El Salvador; antes de que Uds. se dispersen quiero que me ayuden a interpretar el Documento"...

Porque Monseñor Romero, como auténtico Maestro en la Fe, buscó la ayuda de los Teólogos, discerniendo en un espíritu y en una práctica del auténtico diálogo eclesial, aquello que más le podía servir para adaptar "dinámica, atractiva y convincentemente el Mensaje" de siempre a los hombres y las circunstancias que le rodeaban.

Supo también asesorarse de los científicos sociales. Monseñor Romero era de los convencidos de esa verdad que Puebla enuncia: "es imposible



g*umtero



evangelizar sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad". La situación de su país, la coyuntura de cada momento, eran continuamente analizadas y estudiadas por Monseñor Romero. Cuando los encargados de los estudios se retrasaban, el Arzobispo se lo reclamaba con aquella frase que ellos recuerdan tan bien: "necesito saber dónde estamos parados, apúrenle..."

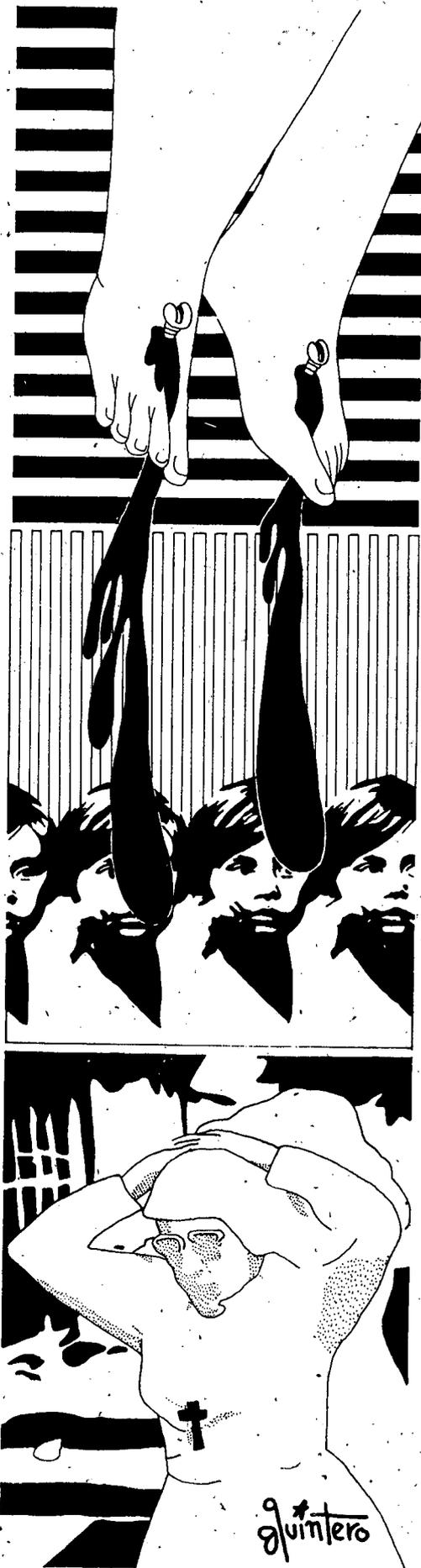
Pero sobre todo escuchaba al pueblo, a los pobres, a los oprimidos. Monseñor Romero decía que su Iglesia era una Iglesia que se había convertido, pero que se había convertido a los pobres. Que él mismo se había convertido a los pobres. Conocer a sus ovejas, compenetrarse y sentir sus sufrimientos, escuchar sus anhelos y sus aspiraciones, era para Monseñor Romero una tarea pastoral de primera importancia. Una tarea a la que dedicó su tiempo y su empeño. Una tarea para la que buscó sus mejores colaboradores. La oficina del Arzobispo asesinado fue siempre un lugar de acogida para todos aquellos que sufrían, para los perseguidos, para los reprimidos, para los explotados. La Fe en el Dios de Jesús le llevó a ser parcial en favor de los pobres. A querer y a luchar para construir una Patria que fuera de verdad Patria para los pobres. Una patria que se fuera haciendo teniendo en cuenta las necesidades, los anhelos y las esperanzas de los pobres, donde la participación de éstos en las tareas sociales tuviera peso, donde alcanzaran los mismos estratos decisivos en lo social, en lo económico y en lo político. Y porque asumió la defensa de los derechos de los pobres cuya violación conocía tan de cerca, fue odiado por todos aquellos que en la sociedad actual están dispuestos a "mantener sus privilegios a cualquier precio". Hasta que lo asesinaron...

Sobre esa verdad entrañable y pacientemente buscada, Monseñor Romero pronunciaba el juicio de Dios. Desde su Fe honda y vivida, unida al magisterio de la Iglesia total, alimentada en la Escritura Sagrada, hecha luz y fuerza en la oración, la voz del Pastor se hacía voz de Profeta al proclamar el juicio de Dios, tan distinto al juicio de los hombres, sobre las cosas, sobre los acontecimientos, sobre las realidades de cada día.

Pero un juicio que no quedaba en las nebulosidades de lo abstracto, sino que se concretaba a lo de cada día. El que fuera propuesto como premio Nóbel de la Paz, no hablaba abstractamente de la Paz, sino de lo que era necesario hacer en El Salvador para que hubiera Paz, de lo que era necesario suprimir en El Salvador, para que aquello se pudiera llamar Paz. El Apóstol de la No Violencia, sabía llamar violencias a las violencias del sistema y "legítima defensa" a las acciones de un pueblo que no se resignaba más a seguir siendo siempre víctima de los abusos de los poderosos. El Hacedor, como Pontífice, de la Unidad, supo exigir la participación de los sectores populares para diseñar y poner en práctica las reformas que necesita el país y denunció como atentatorias contra la dignidad de los pobres todas las "reformas" que se quisieron imponer sin contar con el pueblo.

Por eso, porque su fervor por la Verdad le llevaba a pronunciarla siempre como juicio sobre las situaciones concretas, que muchas veces aparecían opacas y ambiguas, Monseñor Romero necesitó muchas veces tiempo, y muchas consultas, y mucho estudio y oración, hasta llegar al pronunciamiento claro y concreto. Por eso, cuando las situaciones cambiaron o cuando veía con mayor luz las sombras de las cosas, cambió su juicio. Siempre guiado por una gran luz: para Dios era bueno, lo que favorecía a las mayorías pobres de su país; para Dios era malo, lo que era malo para los oprimidos de su país.

Y por eso, porque el juicio de Dios, el SI y el NO de Dios, que pronunciaba el Arzobispo eran juicios sobre las realidades concretas de cada día, porque la VERDAD que predicaba no era una verdad abstracta e intemporal, sino una verdad historizada, hecha carne, la palabra de Monseñor Romero, la palabra que se sentía obligado desde su Fe y desde su espiritualidad a pronunciar día tras día, le acarreo la muerte. Porque les puso apellidos concretos a las grandes verdades —Justicia, Paz, Democracia, Violencia, Participación— su palabra se hizo intolerable para los que rechazan desde sus privilegios el Juicio de Dios. A Monseñor Romero no lo hubieran



asesinado si se hubiera limitado a predicar en forma abstracta. Lo mataron porque historizaba la doctrina de Jesús, la doctrina de la Iglesia de Jesús. Y porque cuando la doctrina se historiza en lo concreto ya no puede ser más manipulada para mantener una situación de injusticia y de explotación.

Y porque esa verdad historizada era juicio de Dios, Monseñor Romero pudo ser libre para proclamarla a todos. Para reclamar frente al pueblo y a sus organizaciones por lo que hacían mal. Para exigir a los poderosos el desprendimiento que Jesús exige a los que quieren seguirle. Para reclamar a la Nación más poderosa de la Tierra el cese de una ayuda que fortalecía la represión del pueblo. Ningún bando, ningún grupo político, podrá reclamar para sí a Monseñor Romero: libre frente a todos, hombre solamente de la Iglesia y de los pobres de la Iglesia.

Ahora que la figura sencilla, fraterna, humilde y humana se ha agigantado con la muerte, queremos recobrar lo que en su vida hubo de ejemplo y de luz para nuestras vidas. Para nuestras vidas de cristianos en un Continente desgarrado por "la creciente brecha entre ricos y pobres".

En primer lugar la búsqueda apasionada de la verdad. Ese su mirar siempre a su entorno, para descubrir en él, en las verdades de cada día, la VERDAD que debía creer y proclamar. En segundo lugar, el partir en esa búsqueda de un contacto serio y continuo con el pobre y con el oprimido. Como él, como su Iglesia, debemos "convertirnos a los pobres", si queremos poder llamar Padre al Dios que nos ha hecho hermanos.

En tercer lugar, vivir nuestra fe, nuestra espiritualidad, en ese no poder dejar de decir No a lo que Dios dice No y no poder dejar de proclamar el Sí de Dios a lo que Dios dice Sí. En un compromiso con ese juicio de Dios hasta la muerte...

.....

La Revista SIC rinde su homenaje al Obispo asesinado. Con todo el dolor y toda la indignación que sentimos ante su muerte, proclamamos también nuestra satisfacción porque él era nuestro hermano y nuestro maestro. Sentimos una especie de orgullo, algo que nos confirma en la Fe que profesamos, ante la vida y ante la muerte de Monseñor Oscar Arnulfo Romero: se puede creer en una Fe que hace a alguien tal como lo fue él; se puede creer en una Iglesia que tiene Pastores como lo fue él.

Su vida y su muerte son para nosotros, para todos los cristianos de América Latina un llamado a un compromiso mayor y mejor con la Fe que proclamamos. Su vida y su muerte reactualizan para nosotros lo que fue la pregunta fundamental de Puebla: "¿Vivimos en realidad, el Evangelio que profesamos?". Ante el cadáver sangriento del Obispo Mártir, no podemos menos que exclamar, también con Puebla, "estamos lejos de vivir todo lo que predicamos". "Queremos tomar conciencia de lo que la Iglesia Latinoamericana ha hecho o ha dejado de hacer por los pobres", "por todas nuestras faltas y limitaciones, pedimos perdón a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad" y de nuevo "afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia, para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral".